

El mundo de los validos



Bajo la dirección de

John Elliott
Laurence Brockliss

taurus


SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

La edición española de este libro está dedicada
a la memoria de Francisco Tomás y Valiente.

INTRODUCCIÓN

John Elliott

Los favoritos no han gozado de buena prensa en la historia. Lord Macaulay, escribiendo en 1844 sobre el conde de Bute, elegido primer ministro por el joven Jorge III, se mostraba característicamente desdeñoso: "Era un favorito; y los favoritos siempre han sido odiosos en este país. Ningún simple favorito había dirigido el gobierno desde que el puñal de Felton llegara al corazón del duque de Buckingham"[1].

Las críticas de Macaulay a Buckingham y Bute le sitúan claramente en una ancestral tradición de enemiga hacia el súbdito omnipotente que había ascendido a una preeminencia deslumbrante y (se suponía) injustificada a través de su artera habilidad para ganarse y conservar el favor de su príncipe. Piers Gaveston en la Inglaterra de Eduardo II; Álvaro de Luna en la Castilla del siglo XV; y Olivier Le Daim, barbero de Luis XI, en Francia, provocaron los tres tales pasiones en su época que se ganaron un lugar perdurable en la demonología nacional de sus respectivos países. El dramatismo que acompañó sus vidas quedó intensificado por el drama de sus muertes. La espada o el verdugo se convirtieron en instrumento de divina retribución por su codicia, su orgullo y su tiránico abuso del poder, digno desenlace de unas vidas que servirían de advertencia ejemplar a los coetáneos y a futuras generaciones.

La aparición de la palabra *favori* en Francia a comienzos del siglo XVI puede quizá ilustrar algo del impacto que tuvo el espectacular ascenso y caída de Olivier Le Daim en la conciencia colectiva francesa[2]. La palabra equivalente en español era "privado" o "valido", aplicada a la persona que, como Álvaro de Luna, gozaba del favor real, o "privan-

za", o era apreciada y protegida por el monarca de cuyo "valimiento" gozaba. Hacia comienzos del siglo XVII, la palabra "privado", que alternaba con *private*, se había introducido en la lengua inglesa, aunque de modo algo vacilante. "Las lenguas modernas", escribió Francis Bacon en su ensayo "Sobre la amistad", "dan a tales personas el nombre de *favourites* o *privadoes*..." [3]. "A un Favorito se le llama Privado", explicaba el historiador boloñés Virgilio Malvezzi, apologista del conde-duque de Olivares, privado español coetáneo, "porque será partícipe Privado de su voluntad, de todos sus afectos, de todas sus pasiones, y sólo transformado en servicio de Dios y su Señor" [4]. Pero en inglés la palabra *favourite* terminó predominando sobre *private* o "privado", y en 1715 Michael Geddes, en una biografía de don Álvaro de Luna, describía al privado español quintaesencial como "el máximo Favorito con el que jamás he topado en la Historia" [5].

Ahora bien, la palabra exacta elegida es de menor importancia que el hecho de que, en el transcurso de los siglos XVI y XVII, el fenómeno del privado incidiera en la conciencia de los europeos con fuerza suficiente para crear una terminología propia. Pero el fenómeno en sí no era precisamente nuevo. Totalmente aparte de ejemplos históricos más o menos recientes, como Gaveston y Álvaro de Luna, tanto la Biblia como los clásicos nos ofrecen un buen muestrario de favoritos, algunos buenos, como José al servicio del Faraón, otros malos, como Haman, el esbirro del rey Ahasuerus, o Sejano, que explotó el favor del emperador Tiberio para dominar en la Roma imperial.

En realidad, la recuperación de las obras de Tácito en el periodo renacentista pudo en sí mismo haber sido responsable, al menos parcialmente, de la preocupación que suscitó la figura del favorito en los siglos XVI y XVII. Es difícil considerar una coincidencia que el secretario del rey, Antonio Pérez, que se llevó consigo los secretos de la corte de Felipe II cuando marchó al exilio en Francia e Inglaterra, se proclamara autoridad en favoritos y fuera simultáneamente uno de los mayores entusiastas de Tácito de fines del siglo

XVI[6]. Durante su estancia en Londres, Pérez se movía en el círculo del conde de Essex, otro aficionado a Tácito, a quien Ben Jonson probablemente retratará en la figura de Sejano en su obra dramática de 1603.

Tácito, en su descripción de Sejano, legó un personaje histórico con el cual podían comparar los coetáneos a sus propios súbditos todopoderosos, como hizo Georg Acacius Enenkel von Hoheneck en su tratado sobre Sejano publicado en Estrasburgo en 1620[7]. Dos años antes, el historiador y publicista francés Pierre Matthieu había publicado dos obras, una de ellas —*La Conjuración de Conchine*— sobre el valido de María de Médicis, recientemente asesinado, y la otra una biografía de Sejano. La traducción clandestina al inglés de esta biografía, con el título de *The Powerful Favorite (El poderoso favorito)*, se publicó en 1628, dos años después del famoso discurso de sir John Eliot en la Cámara de los Comunes en que comparó a Buckingham con Sejano —un discurso que provocó el indignado comentario de Carlos I: “De manera implícita, debe tenerme a mí por un Tiberio”[8]. En ciertos aspectos, por tanto, el privado o ministro-privado del siglo XVII puede considerarse un constructo tacitista.

Sin embargo, es difícil creer que la figura de Sejano pudiera haber ocupado un lugar tan predominante a comienzos del siglo XVII, o que obras dramáticas como el *Eduardo II* de Marlowe y las dos comedias de Mira de Amescua sobre la *Próspera y adversa fortuna de Don Álvaro de Luna* tuvieran tan gran resonancia, de no haber estado convencidos los dramaturgos, los espectadores y los lectores de que también ellos vivían en una edad de privados omnipotentes. A fin de cuentas, no tenían más que mirar a su alrededor para ver hombres que habían adquirido enorme poderío y riqueza a consecuencia del favor regio: el duque de Lerma en España, Concini y el duque de Luynes en Francia, el cardenal Klesl en la corte del emperador, George Villiers en Inglaterra. De modo natural, miraron hacia la historia clásica y su propia memoria nacional para situar a esta clase de figuras en contexto.

Posteriores generaciones iban a refrendar una perspectiva que, aunque cada vez más extendida a fines del siglo XVI, parece haber adquirido nueva intensidad en la primera mitad del XVII. En 1715 Lesage ambientó sus *Aventuras de Gil Blas* en la España de comienzos del siglo XVII, relatando la historia de un pícaro que se las ingenia para convertirse sucesivamente en favorito de los dos grandes validos reales, Lerma y Olivares. La adulación, las intrigas cortesanas y las formas de clientelismo descritos por Lesage en su vida de Gil Blas eran tan característicos de la época del propio Lesage como de la de su héroe de ficción[9], pero él había situado su narración en un periodo y un territorio que habían dado a Europa la palabra “privado”, y que quedarían permanentemente asociados a la figura del favorito.

Los novelistas románticos del siglo XIX siguieron los pasos de Lesage, y Scott, Dumas y Balzac recrearon un mundo cada vez más remoto en que los cortesanos se disputaban el poder, y maquiavélicos ministros-privados tejían complicadas redes de intriga y convertían a hombres más débiles en agentes de sus grandes designios. Pero en Francia al menos, la época del ministro-privado era percibida como punto de arranque del ascenso de la nación a la gloria, y los papeles de Richelieu y Mazarino, primorosamente editados por Avenel y Chéruel, se convirtieron en monumentos a los hombres que se consideraba habían puesto los cimientos del moderno Estado francés[10].

Comprensiblemente, era el aspecto ministerial de la vida de Richelieu y Mazarino lo que atraía la atención de los historiadores cuando pretendían evaluar su contribución a la creación del Estado moderno. Dados los matices peyorativos que había adquirido la palabra “favorito”, ésta no se consideraba aplicable a los ministros de su categoría, aun cuando los coetáneos —generalmente, pero no siempre, sus críticos y contrarios— no habían vacilado en emplearla para ambos[11]. De igual modo, la reputación histórica del conde de Strafford se benefició en cierta medida de las connotaciones negativas de la palabra, dado que ni su carácter ni la índole de su relación con el rey se prestaban fá-

cilmente a la imagen convencional del favorito. A ojos de los contemporáneos podía ser “libidinoso como Tiberio, cruel como Nerón, codicioso como Crespo el rico, tan terrible como Falaris y tan pícaro como Sejano” [12], pero para Macaulay merecía un lugar junto a Falkland, Clarendon, Shaftesbury, Sunderland y otras figuras prominentes de la Inglaterra de los Estuardo que, “cualesquiera que fueran sus defectos, eran todos ellos hombres de capacidad reconocida. No debían éstos su eminencia meramente al favor del soberano. Por el contrario, debían el favor del soberano a su eminencia” [13].

Fue, por consiguiente, como constructores de Estados, o al menos constructores de Estados embrionarios, como los ministros-privados del siglo XVII que no eran incurablemente frívolos o irremediabilmente corruptos entraron en la historiografía del siglo XX. Ellos habían desempeñado un papel en la creación del Estado-nación soberano y centralizado que se consideró culminación lógica de mil años de historia europea. Pero en la historiografía, en el siglo XX tanto como en el XIX, tendieron a quedar confinados a sus propias demarcaciones nacionales. Pese a que sus coetáneos pudieran establecer paralelismos entre ellos, había escasa inclinación entre los historiadores a considerar el grado en que las circunstancias que les elevaron al poder y el posterior estilo de ejercerlo pudieran reflejar una situación y unos supuestos que trascendían los límites nacionales.

En 1974, sin embargo, el historiador francés Jean Bérenger publicó un importante artículo en el que sugería que los historiadores del siglo XVII se enfrentaban a un “fenómeno europeo”. No había sido coincidencia, sostenía él, que surgieran poderosos ministros —Richelieu, Buckingham y Olivares— más o menos simultáneamente en los tres principales Estados europeos, iniciando con ello una época de gobierno primer-ministerial en Europa. Pero a partir de 1660 la figura del ministro único y omnipotente desapareció de la escena, aunque siguió proyectando su sombra sobre el mundo político europeo hasta el fin de siglo y aun después.

Al buscar una posible causa de este “fenómeno europeo”, Bérenger rechazaba lo que él denominaba las “explicaciones psicológicas superficiales de la historia política tradicional”, con su fuerte énfasis en las deficiencias personales de un Luis XIII, un Carlos I o un Felipe IV. Él apuntaba, por el contrario, hacia la progresiva complejidad del Estado moderno incipiente, que impuso imperativos cada vez más gravosos a los monarcas. Algunos soberanos, como Felipe II de España, se agotaron en el ejercicio de sus obligaciones gubernamentales; otros, como el emperador Rodolfo II, fueron patentemente incapaces de cumplirlas; y todos los soberanos se vieron cada vez más forzados a delegar sus poderes en alguna forma de *premier ministre*. La consecuencia de esta delegación de poderes fue una creciente contradicción entre el ideal humanista del príncipe, los ideales sociales de la nobleza y las exigencias prácticas de la realeza. Dicha contradicción fue fuente de gran preocupación para la aristocracia europea, que se consideraba la clase gobernante por naturaleza, y desaprobaba la aparición de ministros todopoderosos entre ella y el monarca. Con el tiempo, esta preocupación se manifestó en forma de una potente reacción adversa que desembocó en el eclipse del ministro-privado en la época de Luis XIV. Pero Bérenger proponía estas explicaciones de manera sólo tentativa, y creía que el fenómeno de la aparición del *premier ministre* era suficientemente importante para justificar una investigación sistemática a escala internacional de “sus orígenes, sus manifestaciones, su evolución y las violentas críticas que suscitó”[14].

Su llamamiento no tuvo respuesta en su momento, y la investigación histórica sistemática por la que abogaba no se ha emprendido todavía. Pero veintidós años después su petición seguía resultando lo bastante convincente para animarnos a Laurence Brockliss y a mí a organizar un coloquio internacional en el Magdalen College de Oxford, en torno a “El mundo del favorito, 1550-1700”. Los trabajos presentados en este coloquio constituyen la sustancia de este libro.

En muchos sentidos, el clima histórico es hoy más propicio para la índole de indagación que Bérenger pedía de lo que era cuando él hizo su llamamiento en 1974. La historia política y la institucional, que no estaban entonces de moda, han recuperado el favor, y la formación del Estado en la Europa moderna ha atraído renovada atención histórica en un momento en que la soberanía del Estado está siendo erosionada por organizaciones supranacionales[15]. La biografía, que durante mucho tiempo ha quedado a la sombra, ha vuelto a emerger a la luz como algo historiográficamente respetable[16]. Además, años recientes han presenciado una reconsideración de las posibilidades inherentes a la historia comparativa, una forma de historia que trasciende los límites nacionales[17].

Estos cambios de moda histórica se han plasmado en —y en ocasiones han sido alentados por— una serie de obras dedicadas al estudio de los ministros y privados de los siglos XVI y XVII y al mundo político en el que operaban. Dada la importancia del privado en la historia de la España de los Austrias, es natural que la teoría y la práctica de la privanza española hayan sido objeto de particular atención histórica. Ya en 1963 el historiador español del derecho y las instituciones Francisco Tomás y Valiente, asesinado por terroristas en febrero de 1996, había publicado lo que se reveló como un estudio precursor sobre la institucionalización del cargo de valido en España, y la teoría política que se generó en torno a dicho cargo y sus funciones[18]. En mi propia investigación sobre la trayectoria ministerial del conde-duque de Olivares figuraba una biografía política y una valoración comparativa entre él y su archienemigo, el cardenal Richelieu[19]. El predecesor del conde-duque, el duque de Lerma, ha empezado a atraer cada vez mayor atención[20], mientras que James M. Boyden, cuyo ensayo sobre los comienzos históricos de la privanza española aparece en este volumen, ha estudiado la vida de un privado del siglo XVI, el príncipe de Éboli[21].

Aunque el interés en el cardenal Richelieu no ha decaído nunca, y siguen publicándose biografías suyas[22], los estu-

dios sobre esta figura han tomado nuevos rumbos. Joseph Bergin ha iluminado aspectos desconocidos de sus finanzas personales y su elevación al poder, y ha sido reconsiderada la relación entre el cardenal y el rey[23]. En la Francia de la segunda mitad del siglo XVI, la vieja caricatura de la corte de Enrique III y sus *mignons* (véase ilustración 1) está siendo sustituida por una valoración más lúcida de la realidad política, social y cultural[24]. Del lado inglés del Canal, el duque de Buckingham ha sido objeto de una biografía a gran escala, y recientes debates históricos en torno a la política de los Estuardo han generado nuevo interés por la vida y hechos del conde de Strafford[25]. También los favoritos de la reina Isabel I están siendo sometidos a nuevo escrutinio, parcialmente en respuesta al creciente interés que suscita la corte real como fenómeno sociológico y cultural[26].

La relación entre los privados y sus príncipes es un tema que se presta de modo natural a la interpretación psicoanalítica, pero, en general, los historiadores parecen haber considerado el contexto específico de la corte y la cultura cortesana más revelador como explicación del fenómeno del favorito que las pautas supuestamente recurrentes de relaciones interpersonales[27]. La nueva perspectiva sobre la función de la corte en la estructura de poder y en las relaciones sociales en los comienzos del Estado moderno ha contribuido en gran medida a devolver al valido al centro de atención.

Esta nueva visión del papel de la corte forma parte de una reconsideración más amplia del carácter y función del Estado moderno temprano. El cuadro tradicional de un Estado centralizado "absolutista" ha llegado a resultar desfasado porque los historiadores han señalado su carácter esencialmente "compuesto" y han dedicado gran esfuerzo a la paciente reconstrucción de las redes de patronazgo y los sistemas de clientelismo que tanto contribuyeron a definir los límites en los que podía operar el poder regio[28].

Si los siglos XVI y XVII fueron notables por desarrollar formas nuevas y más complejas de organización burocrática,

se ha visto con progresiva claridad que el funcionamiento eficaz de las instituciones gubernamentales, antiguas y nuevas, dependía en gran medida de la capacidad de los príncipes y sus ministros para manipular en beneficio de la corona un sistema de relaciones sociales ensamblado por lealtades familiares y personales, e informado por un fuerte sentido de la jerarquía de la autoridad. El cardenal Richelieu, como demostró Orest Ranum en su obra *Richelieu and the Councillors of Louis XIII*, recurría a sus *créatures* para hacer cumplir sus mandatos; y también Olivares dependía de parientes y subordinados conocidos por el nombre de "hechuras"; y en Roma, donde un secretario de Estado dirigía la administración papal, los papas seguían nombrando cardenales a sobrinos suyos que podían actuar como agentes directos y eran utilizados en provecho de los intereses de la familia[29].

El funcionamiento de estas redes familiares y sistemas clientelistas, que se extendían desde la corte por todas las provincias, está siendo cada vez mejor estudiado[30], al igual que la corte misma como centro de patronazgo político[31]. Pero a la par que las cortes europeas van observándose bajo el microscopio, empieza a verse con claridad que no pueden estudiarse simplemente como organismos sociales y políticos autónomos. Estaban inscritas en un entorno cultural más amplio, en el que a su vez ejercían una fuerte influencia, configurado por valores y supuestos que exigen un examen detenido. La corte, por ejemplo, constituía el centro de una cultura del regalo, en que los límites entre reciprocidad y la esperada contraprestación de favores, por una parte, y la "corrupción" por otra, no eran fácilmente definibles[32]. Era éste un lenguaje de lealtad, amistad y dependencia con hondas raíces clásicas y cristianas, y que estaba dotado de sutiles matices de significado[33]. Ante todo, como morada del príncipe, la corte hablaba el lenguaje del poder que irradiaba a todo el Estado, un lenguaje de tintes sacros y místicos que apuntaba a esenciales cuestiones sobre la naturaleza del "consejo" y el grado en

que el monarca podía delegar una autoridad de la que Dios le había hecho depositario.

“Los príncipes más prudentes”, escribió Bacon, “no deben considerar menoscabo alguno de su grandeza, o derogación de su suficiencia, el recurrir a consejo. El propio Dios no carece de él, pues que lo hizo uno de los grandes nombres de su bendito Hijo: *El Consejero*”[34]. La cuestión del consejo preocupó de manera central a las monarquías de comienzos de la edad moderna. ¿Qué cualidades adornaban al buen consejero y cuáles debían ser sus obligaciones? ¿Cómo debían ser elegidos los consejeros del príncipe? ¿Debía tener uno solo o muchos? Los diversos discursos sobre el favorito se insertaban en este discurso general sobre el consejo, que era en efecto un discurso sobre las competencias y limitaciones de la autoridad regia y la justificación del gobierno ministerial (o incluso primer-ministerial)[35].

Los discursos sobre el privado, los ataques a éste y sus apologías surgían de la percepción de una disyunción entre el concepto de monarquía ideal y las inquietantes realidades de un mundo en el que con excesiva frecuencia los monarcas parecían incapaces, por una razón u otra, de ejercer su real autoridad plenamente, y entregaban una parte sustancial de la misma a un solo individuo que podía o no estar capacitado para la tarea. Lo estuviera o no, como ha apuntado Jean Bérenger, ello significaba la interposición de un tercero entre el soberano y el súbdito[36]. Ésta era, inevitablemente, una situación que originaba violentas polémicas y generaba enérgicos intentos, bien para legitimar, bien para deslegitimar al ministro-privado. Este debate se desarrollaba tanto verbal como visualmente y está todavía a la espera de un análisis sistemático. Pero los trabajos realizados en años recientes sobre el lenguaje y la imaginería visual del poder en la Europa moderna nos sitúan en una mejor posición que en 1974 para responder a la exhortación de Bérenger de que la indagación histórica que él proponía abarcara no sólo los “orígenes” y “evolución” de este “fe-

nómeno europeo”, sino también sus “manifestaciones” y las “violentas críticas que suscitó”[\[37\]](#).

El libro que sigue tiene el fin de explorar y desarrollar algunas de las cuestiones planteadas por el artículo de Bérenger, sirviéndonos de trabajos sobre la política, la cultura y la sociedad europeas de la era moderna realizados en los años transcurridos desde la publicación de dicho artículo. No pretende ser un estudio exhaustivo del favorito y su mundo, y tampoco, claro está, pretende examinar individualmente a todos los grandes privados o ministros-privados de los siglos XVI y XVII. Aunque se trata con algún detalle la trayectoria de uno o dos validos de los menos conocidos, como Concini, Enzlin y Griffenfeld, el enfoque adoptado para esta obra es esencialmente temático. No tiene mucho sentido, por ejemplo, publicar otra exposición breve sobre la carrera de una figura tan estudiada como Richelieu, pero un análisis de su vocabulario, como el aportado aquí por Orest Ranum, nos permite observarle desde un ángulo poco convencional, mientras se explora el tema general de las opciones lingüísticas posibles para los que ejercían la autoridad en la Francia del siglo XVII.

Como se verá, el libro está dividido en cuatro partes generales. La primera, “El surgimiento del ministro-favorito”, tiene la finalidad de iluminar los orígenes de lo que Bérenger denominó “fenómeno europeo” ilustrando, mediante casos individuales y el análisis de la situación institucional, política y social, la índole de entorno que propició la aparición del privado, y el que éstos adquirieran funciones ministeriales o primer-ministeriales. La segunda parte, “Favoritos en ejercicio”, ilustra algunos de los retos a los que se enfrentaba el valido o el valido en ciernes, y las dificultades inherentes a intentar diferenciar “privado” y “ministro”. La tercera parte, “Representaciones del favorito”, está dedicada a los temas de la creación y proyección de la imagen del valido en las artes visuales y la palabra escrita y hablada, y del lugar que ocupaba en el discurso público de teoría polí-

tica y en el más personal de la amistad. En la cuarta parte se considera la cuestión de la decadencia del privado en tanto que fenómeno institucional.

Inevitablemente, un libro de esta naturaleza plantea más preguntas de las que responde. Puesto que versa sobre un continente entero y cubre un siglo y medio, omite por fuerza muchos ejemplos individuales que podrían haber figurado en él. No fue posible, por ejemplo, incluir los principados italianos y los Estados papales, o examinar la figura del favorito en Rusia, donde su edad dorada surge en el siglo XVIII con el gobierno de las emperatrices[38]. Aunque en este volumen se examinan los privados de monarcas femeninos, la decisión de poner el énfasis esencialmente en los aspectos ministeriales del favorito real significa que se ha prescindido del papel de las mujeres como privados, aunque éste es evidentemente un tema que merece mayor atención de la que hasta ahora se le ha concedido.

El propósito primordial de este volumen, así como del coloquio que lo ha precedido, es sugerir la importancia del favor y el favorito en la vida europea de los siglos XVI y XVII, y alentar nuevas perspectivas e investigaciones en torno a este fenómeno de dimensiones europeas. Podría ocurrir sin duda, como algunos de los capítulos de este libro parecen indicar, que las diferencias nacionales fueran tan marcadas que resulte imposible una definición del ministro-privado y su papel en la política y la sociedad que trascienda las fronteras nacionales. Por otra parte, una lectura de estos ensayos probablemente sugiera que, aunque la vida y las imágenes de estos favoritos parecen haberse ajustado a pautas característicamente nacionales, hubo también un fuerte elemento de imitación internacional. El espectacular ascenso del duque de Lerma, por ejemplo, ejerció una clara influencia que rebasó con mucho su España natal. En éste, como en muchos otros casos, sería fructífero realizar nuevos estudios sobre el papel de la influencia mutua y de la moda internacional en un sistema competitivo de Estado.

“No acaso”, observó el teórico de la política Diego Saavedra Fajardo en los años 1640, “está en manos de vali-